

Christian Escribà
& Sílvia Tarragó

EL OBRADOR
de los
PRODIGIOS



Índice

Portada

Sinopsis

El obrador de los prodigios

Cita

Primera parte. *La magia del dulce (1876-1948)*

El día que nació Alba

Pan de montaña

Pastelitos de Tortosa

Buñuelos del Ampurdán

Panquemado

Panelllets de piñones

Coca de San Juan

Brazo de gitano

Roscón de mazapán

Turrón de yema

Coca de chicharrones

Sara

Buñuelos de viento

Segunda parte. *El mago del chocolate (1926-1952)*

El día que nació Alba

Torrijas

Crema catalana

Monas de crocante

Pastel de San Jorge

Merengue

Tocinillos de cielo

Huevos de chocolate

Tarta de boda

Roscónes y lionesas

Tercera parte. *El Rey del Caramelo (1954-1979)*

Bizcochos

Cabello de ángel

B arquillos
Croissant
P astel E spectáculu
Nota
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nues-
tras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Alba decidió convertirse en pastelera cuando se enteró de que su madre no supo que estaba embarazada de ella hasta no probar unos pastelillos de Tortosa hechos en el obrador de Mateu Serra. Pero el camino no le resultará fácil. Alba hace de la cocina su universo, un laboratorio de dulces donde trabaja incansablemente.

Un amigo de la familia promete ayudarla. Así encuentra trabajo los domingos en la pastelería Escribà, regentada por el hijo de Mateu Serra. Aunque no es más que una simple dependienta, ya que en los obradores solo trabajaban hombres, Alba está convencida de que se trata de un importante paso.

C HRISTIAN E SCRIBÀ

S ÍLVIA T ARRAGÓ

É L OBRADOR DE LOS PRODIGIOS



*La gastronomía es una de las formas
más civilizadas de la sensualidad.*

N ÉSTOR L UJÁN

PRIMERA PARTE

LA MAGIA DEL DULCE (1876-1948)

El invierno retomaba aquella posibilidad de nevada —apenas cumplida en veinte años de posguerra— y todas las fábulas salían de la Gran Caja para hacernos el mundo más maravilloso.

T ERENCI M OIX , *El día que murió Marilyn*

E L DÍA QUE NACIÓ A LBA

Los primeros copos de nieve comenzaron a caer al final de la mañana de aquel día de Navidad de 1926. Al principio lo hicieron con tanta intensidad que todo el mundo pensó que sería una nevada considerable. El cielo había quedado cubierto por unas nubes gruesas y opacas que parecían confirmar este pensamiento, pero al cabo de un rato la tormenta perdió fuerza y terminó convertida en una nevisca.

Aun así, la presencia de nieve en Barcelona no dejaba de ser un fenómeno, un hecho casi milagroso que ofreció una estampa insólita de las calles. El paseo de Gracia y el Ensanche entero, la Rambla y el conjunto de arterias que formaban el entramado de la ciudad quedaron encalados por la fina capa que formaban los millones de pequeños cristales de hielo venidos de la atmósfera.

Ese suceso extraordinario hizo que muchos barceloneses salieran a la calle para poder disfrutar de un paisaje inusual. Lo que ignoraban era que otro portento de igual magnitud acababa de ocurrir en su ciudad.

Poco antes de que la nieve comenzara a caer, el cielo se había cubierto de una capa nubosa de un gris oscuro que impedía el paso de la luz solar. Y, justo cuando los primeros copos comenzaban a descender sobre el aire turbio, en un modesto piso del barrio de Sants venía al mundo una niña que no era un bebé cualquiera.

Porque aquella criatura había nacido con un don.

Su talento aún tardaría unos años en manifestarse, pero, cuando lo hizo, fue la prueba de que ciertas personas nacen con una cualidad natural que es su mejor patrimonio. Y Alba, aquella niña humilde y privilegiada, había sido favorecida con un don hecho de intuiciones que se acercaban pe-

ligrosamente a la magia. Ya en sus primeros años, la percepción de sus sentidos era tan aguda que descubría sabores donde los demás solo veían comida. A esto se añadió después una imaginación constantemente espoleada por la pasión de transformar las viandas en un festival de sensaciones.

Pero aquella Navidad de 1926 todo quedaba aún demasiado lejos, como el nacimiento en Los Ángeles, seis meses antes, de otra criatura excepcional que, a diferencia de Alba, estaba destinada a la inmortalidad. Tal vez por haber nacido el mismo año o porque intuía en ella el ideal de un mundo que trasciende la carne, la futura cocinera siempre sintió una conexión especial con la estrella fugaz que fue Marilyn Monroe.

En aquellos momentos, sin embargo, Barcelona era ajena al estallido estelar de Hollywood. Así, mientras los Estados Unidos gozaban de su prosperidad económica a ritmo de charleston y hot, la Ciudad Condal sufría la opresión del régimen dictatorial de Primo de Rivera, que limitaba muchas de sus libertades.

No obstante, los barceloneses recibieron las fiestas navideñas con la misma ilusión de siempre. Los escaparates de las tiendas mostraban sus mejores productos, en las casas se montaron los pesebres y sus despensas rebosaban de manjares. En la plaza de la Catedral los feriantes instalaron un año más sus alegres tenderetes, y ese ambiente de ferviente tradición se extendió desde allí, inundando todos los hogares de una emoción festiva.

Una ilusión similar a aquella había acogido a Alba al llegar al mundo. Un sentimiento hecho del júbilo exultante que flotaba en el aire, y de la satisfacción que representaba ver consumada una larga espera.

Porque aquel nacimiento había hecho realidad un deseo ansiado durante muchos años. De hecho, podría decirse que aquella había sido también una natividad milagrosa, ya que recordaba a las gestaciones insólitas que recogen los textos sagrados. Como aquellas mujeres estériles que alumbran tras una fecundación portentosa y extremada-

mente tardía, Adela, la madre de Alba, había tardado en ver cumplido su anhelo de maternidad. Aunque era mucho más joven que Sara, madre a los noventa, e incluso que santa Isabel cuando concibió a Juan el Bautista, se había resignado a su desesperante esterilidad al ver que ya rondaba los cuarenta. Y, a pesar de la lastimosa frustración que le provocaba admitir lo que consideraba una incapacidad, tenía asumido que debía cargar con la lacra que la exhibía ante el mundo como una rama que nunca daría brotes.

Hacía catorce años que se había casado con Esteban, un afable maestro de escuela, y a pesar de ser una unión feliz, se había mostrado desesperadamente infecunda. Por ello, la llegada de Alba les había hecho tocar la cima más elevada de su cuota de felicidad, ya de por sí bastante alta, y sentirse unos escogidos de los caprichosos giros de la fortuna.

Por todas estas circunstancias, la niña nació y creció rodeada del amor ferviente de los padres, así como del de los abuelos maternos, que, a través de su única hija, veían cumplirse su afán de prolongar su propia progenitura.

Por desgracia, a los otros abuelos Alba apenas los pudo tratar, ya que murieron antes de que ella comenzara a ir a la escuela. Pero el cariño y cuidados del resto de los parientes bastaron para que la niña se criara feliz en aquel barrio obrero salpicado de fábricas.

Allí, en las viejas calles de Sants que conservaban todavía vestigios de su pasado rural, la pequeña dio sus primeros pasos y vio forjarse sus primeras amistades. El suyo era un universo dentro del cosmos barcelonés que solo abandonaba cuando iba a visitar a sus abuelos maternos, que vivían en el barrio del Ensanche, mucho más señorial.

Fue precisamente en ese distrito donde la niña descubrió la pastelería Escrivà. Su abuela Elvira era clienta desde hacía un montón de años, cuando aún se llamaba panadería Serra, y tenía amistad con sus propietarios. Puesto que le gustaban tanto el trato como sus productos, en su casa jamás faltó un dulce hecho por Antonio Escrivà en ninguna

celebración. Y no había nada que gustase más a Alba que acompañar a su abuela a elegir uno.

Por aquel entonces ya le permitían entrar en la cocina, pues se dieron cuenta de que poseía una intuición especial para captar la esencia de cada alimento, y para adivinar el potencial que estos podían añadir a las recetas de siempre. Dado que el reto de descubrir un nuevo matiz para el paladar era su motivación principal, no tenía miedo de experimentar, y por eso las horas se le iban entre ollas y fogones.

El aliciente que le suponían todos aquellos desafíos fue el que guio sus primeros pasos, pero, tras descubrir la pastelería, su verdadero acicate fue su fundador, de quien supo gracias a lo que le contaba su abuela.

Desgraciadamente, los años de despreocupada felicidad se desvanecieron demasiado pronto. Antes de cumplir los once, el idílico paisaje vecinal de Alba se resquebrajó, dando paso a una realidad amenazante y triste. El influjo nefasto de la guerra cayó sobre ellos como una maldición, marchitando cualquier atisbo de alegría. Las calles, las plazas, la carretera, todo se agostó igual que el cielo cada vez que llegaban los bombardeos.

Fue entonces cuando Alba descubrió el miedo.

A pesar de la felicidad que habría de llegar luego, ella nunca olvidaría la sofocante sensación de despertarse aguijoneada por el pánico al escuchar las sirenas de alarma anti-aérea; de correr, aferrada a la mano de su madre, por calles caóticas donde se podía sentir el temor de los vecinos y palpar el peso de una amenaza invisible, y ni mucho menos el ansia que suponía la larga espera en los refugios donde se cobijaban, amparados por el consuelo de una seguridad transitoria.

Después de todo aquello, una paz perversa se adueñó de su mundo, como si fuese el desenlace fatal del hechizo, y dio paso a una nueva realidad.

Alba supo que nunca nada volvería a ser como antes. Su universo se había convertido en un presente devastado, lleno de escombros que cubrían las mismas calles que, trece años atrás, había cubierto la nieve.

Pero ella tenía un don, y sabía que bajo los despojos todavía latía la magia.

* * *

13 de junio de 1876

Cincuenta años antes, en otro lugar y muy cerca de otro solsticio, se había producido un fenómeno similar.

Tan solo faltaban siete días para que el sol llegase a su máxima declinación respecto del ecuador celeste, y su potencia creciente calentaba los campos que se extendían por el llano regado por el canal de Urgel. Al sur de esa llanura, en una de las casas que formaban las callejuelas sinuosas del pueblo de Torregrossa, vino al mundo Mateo, un niño tan cargado de luz como los rayos que hacían intuir la proximidad del verano.

A diferencia de Alba, el recién nacido era el último de la larga descendencia de Ramón Serra y Raimunda Capell, que ya habían tenido once hijos antes. También a diferencia de ella, en el momento de su nacimiento no se había producido otro fenómeno que no fuese la proximidad del solsticio estival, que se celebraría una semana más tarde con la verbena de San Juan.

A pesar de todo, el niño había sido llamado a seguir un designio muy distinto al que presagiaba su origen humilde y campesino. Un destino que marcó la tragedia demasiado pronto, cuando, justo tres días después del parto, Raimunda murió, dejando huérfano de madre al pequeño Mateo. Esa desgracia pareció oscurecer la claridad tibia que hasta entonces había llenado la casa. De pronto, una sombra siniestra se conjuró con el silencio triste que siguió al infortunio, y la criatura conoció por vez primera la gelidez del desamparo.

Tener que encarar la desdicha a una edad tan temprana hizo que el niño comenzase a forjar lo que sería una tenacidad casi imbatible. Se aferró con pasión a esa existencia que acababa de estrenar y la sorbió con ansia, como si fue-

se la rosada aureola del pecho de la nodriza que le buscaron para amamantarlo.

De ese modo, nutrido por los senos de María Olivares y empujado por el deseo de sobrevivir, Mateo se fue haciendo mayor. No obstante, la suya no fue una infancia fácil. A la ausencia materna se le sumaron después los vacíos que dejaron la muerte de algunos de sus hermanos, así como la partida de otros, que se fueron a hacer las Américas o en busca de un futuro mejor en Barcelona.

De manera imperceptible, la casa se fue llenando de silencio y, en esa quietud ancha y vacía, él comenzó a proyectar sus sueños. Entre sus preferidos estaba el de atravesar el océano, como habían hecho sus hermanos, para hacer fortuna en alguna de las colonias españolas.

Se imaginaba reencontrándolos en aquellas tierras fecundas, tras una travesía llena de emociones, como batallas con piratas y luchas con monstruos marinos. A falta de lecturas, porque no sabía ni leer ni escribir, su mente mezclaba ideas extraídas de conversaciones entre adultos y los relatos que le contaba María. Su fantasía tenía suficiente con aquellos ingredientes para construir una historia que lo llevase lejos de los sembrados y frutales que constituían su paisaje familiar.

No pasó mucho tiempo hasta que la realidad lo empujó no hacia el océano, sino hacia el litoral mediterráneo. Aquellos primeros años habían sido una acumulación de pérdidas que hubo de afrontar como pudo. Al ser el más pequeño de los hermanos, se quedó solo en la casa con el padre, a quien ayudaba en las labores del campo. En esos tiempos la vida no resultaba fácil prácticamente para nadie, por eso hubo de acostumbrarse a aceptar las carencias y las adversidades, como hacían todos. A pesar de su edad, Mateo se adaptó a esa manera de asimilar las fatalidades con aparente templanza. Por dentro, se consolaba soñando con un futuro más amable.

Sin embargo, la existencia seguía obstinándose en ponerle trabas. Cuando tan solo contaba nueve años de edad, su padre murió también, dejándolo completamente solo.